

EL ESPÍRITU DEL GUERRERO

Alfredo FLORES SOLARES



Introducción



NA gran parte de los tratadistas y profesores de nuestra importantísima asignatura de moral militar nos hablan siempre del espíritu militar, pero pocos del Espíritu del Guerrero, de igual o mayor importancia y que considero que se debe conocer, valorar y potenciar.

Ambos espíritus son el alimento del guerrero y del militar, y éstos, aunque tienen como fin principal de su profesión la guerra, tienen ideas distintas sobre ella.

Ortega (1) nos los diferencia: «Está claro que una cosa es el guerrero y otra el militar. La Edad Media desconoció el militarismo. El militar significa una degeneración (2) del guerrero corrompido por el industrial. El industrial es un militar armado, un burócrata que ha inventado la pólvora. Fue organizado por el Estado contra los castillos. Con su aparición comienza la guerra a distancia, la guerra abstracta del cañón y el fusil».

Muchos escritores militares, el mismo Cervantes, se quejan de la guerra a distancia, donde una bala traidora puede acabar con la vida de un buen soldado sin darle la mínima oportunidad de defenderse, pero las armas se han perfeccionado, han incrementado sus capacidades destructoras y, queramos o no, ellas son parte del combate.

Por eso no creo que lo importante sea el arma que se utilice, sino la predisposición para el combate. Es decir, el guerrero vive para la guerra, y el objetivo de sus batallas y combates es llegar a la lucha cuerpo a cuerpo, donde adquiere una principal importancia la agresividad y el manejo de las armas; en la paz sigue pensando en la guerra, no hay nada que lo distraiga de esta idea, por lo que su adiestramiento va dirigido al mejoramiento de las técnicas del manejo de las armas y a la realización de ejercicios de contacto, como las justas y torneos de la Edad Media.

(1) ORTEGA Y GASSET, José: *Castilla y sus castillos*. Afrodísio Aguado, S. A. Madrid. Segunda edición, 1952; págs. 101-102.

(2) ORTEGA Y GASSET, José: *España invertebrada*. Espasa-Calpe, S. A. Colección Austral, 1977, pág. 43. Define al militar como guerrero deformado por el industrialismo.

El militar pone su atención en el conocimiento de la guerra, que puede además vivirla a distancia, unidades logísticas, artilleras, etc., y descarga una gran parte de sus responsabilidades en las capacidades destructivas de sus armas. En tiempo de paz, su carrera está influida por un, menos malo, sistema de ascensos por selección, en el que la agresividad está poco valorada, a la larga resultan más beneficiados los pusilánimes; en pocas palabras diría que la guerra no le apremia. Entonces tiende a distraer su atención hacia otros asuntos, dulcifica su fortaleza, entra en un rutinario adiestramiento y, sobre todo, tiende a buscar otros estudios donde satisfacer su formación personal.

Francisco Dávila (3), al resaltar las cualidades para la guerra del español, nos presenta también su poca inclinación para el adiestramiento, para su familiarización con las armas, etc.: «... para mí que el ser bisoños lo ha causado el poco ejercicio que hacían del arte militar...».

Pero esta crítica, que responde a una determinada época, nos muestra la necesidad de mantener un permanente ejercicio de la guerra, y en este sentido entiendo que con la civilización hemos abandonado, en nuestro adiestramiento, aspectos de ella que desarrollaron en el guerrero una predisposición natural para el combate, que se deberían recuperar, y que engendraron sus principales virtudes: el liderazgo y la confianza en sí mismo.

Espíritu militar

El padre fray Diego José de Cádiz, en su obra *El soldado católico en guerra de religión. Carta instructiva*, que sirve de modelo a muchos de nuestros tratadistas de moral militar, define el espíritu militar como (4): «...El espíritu militar, por el contrario, es una cierta inclinación a la milicia, con lo que se hacen amables al soldado sus leyes, sus disciplinas y sus penalidades; es una cierta proporción de sus potencias y de sus sentidos, para todo lo que es y dice orden a este estado, y es una gran facilidad para ejercitar todas sus funciones, faenas y maniobras... En una palabra: el espíritu militar, con respecto a su objeto principal, que es la campaña, viene a ser una aptitud grande del cuerpo y del ánimo para ella».

Vigón nos lo define (5) como «amor a la profesión, entusiasmo, energía, amor a la gloria, valor, desprendimiento, abnegación...; sin olvidar la diligen-

(3) VIGÓN, Jorge: *Milicia y regla militar*. EPESA. Madrid, 1949; pág. 237.

DÁVILA OREJÓN GASTÓN, Francisco: *Excelencias del arte militar*. Hoja 18 (ejemplar de la Biblioteca Nacional).

(4) VIGÓN, Jorge: *Milicia y regla militar*. EPESA. Madrid, 1949; pág. 323.

M. R. P. SEBASTIÁN DE UBRIQUE: *Vida del beato Diego José de Cádiz*. 1926. Primera parte, pág. 18.

(5) VIGÓN, Jorge: *El espíritu militar español*. Ediciones Ejército. Madrid, 1979; pág. 276.

cia, que es remedio de la tibieza, del desánimo, el desaliento, la desgana y la inconstancia, flacos que acuitan a los que “valen poco para el servicio”; ni menos la paciencia, que triunfa siempre sobre el desaliento nacido de la fatiga moral», y un sentido parecido se muestra Martínez-Valverde (6) y otros autores.

Lo que más me llama la atención de estas definiciones es la bondad, la belleza, la tibieza de las palabras que definen al espíritu que va a nutrir el más brutal de los inventos del hombre para resolver sus conflictos.

Por eso, llego a la conclusión de que sólo nos presentan al militar de paz o cuanto más al no profesional, y echo en falta al guerrero, aunque sea civilizado; es decir, excluye la parte brutal que tiene la guerra al tratar de imponer, por la fuerza, nuestra voluntad al enemigo.

Esta omisión puede hacer olvidar, o no conceder la importancia que tiene, aquellos aspectos del adiestramiento que persigan estos resultados; bien es verdad que hasta no hace mucho el Ejército estaba formado por soldados de reemplazo y su escaso tiempo de servicio, sobre todo en los últimos años, impedía entrar en un adiestramiento complementario, que trataría de hacer del soldado un guerrero moderno, como podían ser los deportes de contacto, especialmente la lucha; de riesgo, como la escalada en todo tiempo o el paracaidismo; la potenciación de la musculatura, etcétera.

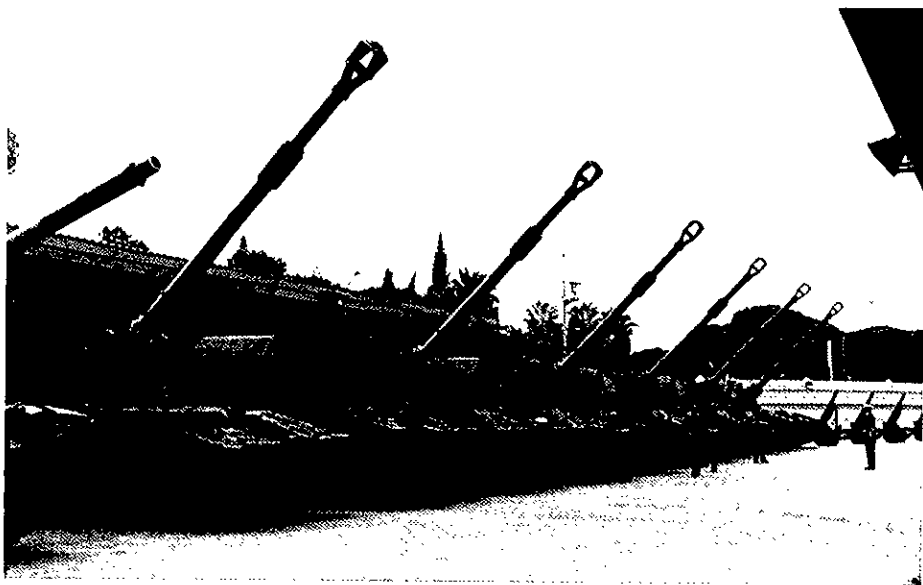
Espíritu del guerrero

El guerrero supone la guerra como lo cotidiano, la vida como beligerancia, representa la estructura de un alma para la cual vivir es guerrear, por lo que dedica a ella toda su actividad. Los ascensos los obtiene en el combate, fortaleciendo su liderazgo con el prestigio de sus victorias o la audacia de las acciones.

Su espíritu es el que impulsó a Gengis Kan y al Tamorlán (Timurbec) a construir sus imperios, o el que hizo sobrevivir en tierras de Bizancio a nuestros Roger de Flor, Berenguer de Entenza o Berenguer de Rocafort, combatiendo contra griegos y turcos lejos de su patria. Pero se hace necesario aclarar que no es privativo de épocas pretéritas, recuerdo las palabras con que Wellington (7) felicitó al 4.º Ejército: «¡Guerreros del mundo civilizado! aprended a serlo del 4.º». Ejército español..., la arrogancia, la serenidad, de todo disponen a su antojo...». Había descubierto la victoria en aquellos soldados gallegos, la pena es que lo consiguieron casi al final de la guerra (Independencia); si hubiesen tenido antes esa preparación, cuántas penurias y muertes se hubieran evitado.

(6) MARTÍNEZ-VALVERDE, Carlos: *Guión para las conferencias de Moral Militar*. Volumen II. Publicación 42. Escuela Naval Militar. Marín, 1960.

(7) «Historia de las tropas de Infantería de Marina de Ferrol». Lesaca, orden del día 4 de septiembre de 1813.



Carros de combate del Tercio de Armada.

De Ortega (8) podemos extraer la siguiente definición: «Espíritu del guerrero es un estado de ánimo habitual que no encuentra en el riesgo de una empresa motivo suficiente para evitarla, prevalece el apetito de la acción al peligro, consecuencia de un radical sentimiento de confianza en sí mismo».

De ella quiero resaltar el concepto de confianza en sí mismo, importantísimo que pocos estudiosos tratan, siendo de él de donde procede la audacia y el valor, me estoy refiriendo al que nace del conocimiento de nuestra propia valía, no al valor ciego que en un momento nos puede llevar al desastre, al que nace de la propia estimación, que nos hace orgullosos, soberbios, dice Ortega, pero una soberbia inherente, no la nacida de la vanidad.

La guerra

Nos quedaría un poco incompleto el trabajo si no dedicásemos unas breves líneas a este tema, como forma de justificar una posición que parece chocante con la de un mundo desarrollado que busca en el diálogo la forma de solucionar los problemas.

(8) ORTEGA Y GASSET, José: *Castilla y sus castillos*. Afrodisio Aguado, S. A. Madrid. Segunda Edición, 1952; pág. 104.

Pero la guerra está ahí, lo vemos todos los días en los medios de comunicación, ya que, como dice Ortega (9), es una forma de resolver los conflictos y la renuncia a ella, por sí misma, no los resuelve. No obstante, ellos siguen exigiendo una solución, y aun suponiendo que estuviésemos en un estado de pacifismo total, mientras no se inventase otro medio, la guerra reaparecería inexorablemente.

Por otra parte, la paz hay que ganarla mediante el derecho, pero ese proceso es lento y aunque en él se está, lo vemos en los conflictos recientes donde las Naciones Unidas imponen su espíritu de conciliación, las guerras continúan.

La civilización en la guerra se ha venido consiguiendo mediante las leyes que la regulan, y así, cada vez con más frecuencia, se está castigando a los gobernantes de aquellos países que las incumplen.

Pero estas pretensiones no deben distraernos de nuestro objetivo final, que es estar preparados para ganarla, en el supuesto de tener que hacerla.

Conclusión

El espíritu del guerrero nos proporcionará una mejor preparación para solucionar las situaciones que la guerra nos plantea y la crítica que pudiera surgir de la agresividad que pudiera generar no debe retraernos, ya que estará canalizada por la ética militar y porque no son los fuertes, ni los mejor preparados, los que normalmente hacen peligrar la paz, sino todo lo contrario.

Si desconocemos o abandonamos nuestro espíritu guerrero en el adiestramiento se está falseando su objetivo, que es el principio de perder la guerra venidera.

El espíritu del guerrero incrementa la agresividad, el valor, la confianza en uno mismo, el ánimo en la lucha, etc., por lo que debe existir en todos los escalones de la milicia: en los pequeños, para solventar las dificultades que se presentan en el combate, y en los grandes, para transmitir a todas sus unidades subordinadas el espíritu de victoria.

La profesionalización del Ejército nos ofrece la posibilidad de conseguir de un soldado un guerrero, pero una mala o incompleta preparación hará de él un bisoño, peor aún, se dará cuenta, al tratar a militares de otras naciones, de la incapacidad de sus mandos para prepararlo con la aptitud que él, como profesional, espera y desea, y el resultado será el de todos conocido.

Reivindiquemos por ello el espíritu del guerrero, que nos facilitará el cumplimiento de nuestro fin último: el éxito en la guerra.

(9) ORTEGA Y GASSET, José: *La rebelión de las masas*. Círculo de Lectores, 1967; pág. 226.